

PRESENTACIÓN DE "LA SAL DE LA VIDA"

Hotel Gran Canaria, Madrid, 7 de febrero de 2005

Buenas tardes, esforzados militantes de la amistad y de la poesía, y muchas gracias por haber venido.

Un viernes, a las ocho de la tarde y para asistir a la presentación del primer libro de poesía de un autor prácticamente desconocido... ¡La cosa tiene mucho mérito!

Muchas gracias a Javier Lostalé por sus amables palabras de presentación.

Yo supe de la existencia de Javier hace unos treinta y cinco años. El aparecía en una antología de poetas jóvenes donde también figuraba un amigo mío, y que fue el primer libro que logró transmitirme la inquietante sensación de que la poesía podía ser algo cercano, casi palpable. Y vivo, muy vivo.

Y no me lo encontré hasta hace un par de meses cuando Pablo Méndez y yo andábamos preparando esta presentación. Seguramente comprenderán el tipo de persona que es Javier si les digo que me bastó mencionar aquel libro antiguo y primerizo, y al amigo común que lo compartió con él, para que, casi, casi, aceptase allí mismo. Luego le envié mi libro y poco después comprobé con alivio que el leerlo no le había hecho cambiar de opinión.

Javier, como él no la va a decir lo diré yo, es un excelente poeta. Quién tenga interés puede buscar "La rosa inclinada" que es la colección hasta ahora más completa de su poesía, una poesía en cierta medida de culto, inclasificable, semiclandestina, alejada de las antologías al uso y de los circuitos comerciales.

Pero, además, es un gran profesional de la radio. Ha sido premio Ondas y, más relevante, también ha recibido el Premio Nacional de Fomento de Lectura a través de los medios de comunicación. Todo un valiente como pede verse.

Termino el capítulo de agradecimientos con Pablo Méndez, que me ha editado este libro.

Pablo debe estar loco. Lleva diez años editando poesía – de hecho la editorial Vitruvio que él dirige cumplirá próximamente su décimo aniversario – y piensa seguir haciéndolo. Peor aún: edita fundamentalmente poetas desconocidos de los que solo le interesa que lo que escriban le guste. ¡Y se empeña en vivir de ello!

Menos mal que aún quedan editores como Pablo Méndez. ¡Ah, se me olvidaba decir que Pablo también es poeta! O sea, que pertenece a la misma cofradía de locos de Javier y yo. Igual esto lo explica.

Bueno, ahora ya saben con que clase de gente se están arriesgando esta noche.

Parece que, al menos en Madrid, el guión de este tipo de actos pide que, tras las breves palabras del editor y la breve o larga (eso

nunca se sabe) presentación del presentador, el poeta lea a continuación sus versos. Madrid, lo repetía el maestro Antoñete, es plaza difícil.

No defraudaré a Don Guión que, con toda probabilidad debe ser un señor alto, de rostro severo, no sé si con bigotito y traje oscuro, pero seguramente provisto de un bloc de notas, que nos estará observando con actitud inquisitiva desde algún rincón discreto.

Pero antes quisiera decir algo.

Lo primero es que para mí este libro que hoy presentamos es muchas cosas. Ojalá también lo sea para quienes lo lean porque siempre pensé que esa era la cualidad mayor de la buena poesía: dejarse apropiar por quienes a ella se acercan, manteniendo, eso sí, intacta, irreductible diría, su capacidad de evocación, su facultad de sorpresa.

Pero para mí, este libro es, ante todo, un libro de amor. De amor a la vida, claro. Y, en consecuencia, a la persona que más y mejor me ha enseñado a vivirla, y a amarla. Por eso le va dedicado.

Lo segundo que quiero decir es que nunca he acabado de entender esta manía de que los poetas lean versos en público. Me parece tan disparatado como si se obligase a los guionistas de cine o a los autores teatrales a actuar en las películas o en las obras que escriben. O a los compositores a interpretar sus partituras.

Escribir poesía requiere, entre otras cualidades, una cierta impudicia emocional. Y el atreverse a publicarla implica, además, un desparpajo que cuesta mucho adquirir. Al menos, a mí me ha costado mucho. Exactamente treinta y cinco años.

Pero ya, el leer públicamente los poemas de uno es como desnudarse sobre un escenario. O peor. Porque una vez que se ha hecho por primera vez ya no es posible vestirse de nuevo. Uno no se quita y se pone la piel como si fuera un traje.

Y lo tercero y último que quería decirles es que no sé si yo sería un aceptable stripper – me temo que, en todo caso, se me pasó la edad - pero, desde luego, no me considero un buen bardo.

No toda la poesía se escribió para ser declamada ante un auditorio. Mucha de la mejor, fue concebida para ser leída en silencio. O, a lo sumo, susurrada. Pero sospecho que incluso aquella que se concibió para la recitación abierta ante auditorios más o menos numerosos, solo alcanza su plenitud expresiva en los pulmones, la garganta la boca y los gestos de quien sabe interpretarla.

Cuando este libro se presentó en Bilbao el pasado noviembre, y Ramón Castro, experimentado locutor de radio y consistente actor de teatro aficionado, leyó allí mis poemas, me costó reconocerlos. Me sonaban tan bien que me parecían de otro. Me preocupa como me van a sonar hoy en mi propia voz.

Hace un mes estuve en Isla Negra y escuché una grabación de Neruda recitando un poema suyo, un poema que yo recordaba bien porque es uno de mis favoritos. Y de pronto, mientras cerraba los ojos y trataba de abismarme en la musicalidad, y el ritmo, y las imágenes de aquel poema prodigioso, se me vinieron encima arrolladores, imparables, esos mismos versos, cantados por uno de mis cantantes favoritos de juventud, de cuando yo tenía más o menos la edad del protagonista del poema de marras, y me quedé desconcertado. No sabía qué versión prefería. Todavía no lo sé. Pero algo me advierte que será la cantada.

¡Ah, se me olvidaba! D. Guión también pide que, antes de leerlo, el autor introduzca cada poema con una suerte de explicación, una especie de manual de uso rápido o de prospecto para oyentes despistados. ¡Es el colmo! Como si no fuera bastante con escribirlos.

En fin, está claro que digo todo esto para curarme en salud porque yo prometí seguir el guión y leer hoy aquí algunos de mis poemas y pienso cumplir la promesa.

Solo que no anden por ahí luego diciendo que no les advertí.

El primero de ellos se titula....